



REVISTA DE ARAGON

CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, calle de Torressecas, núm. 5, principal; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Csés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *La Provincia*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Señores Texidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, cincuenta céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta.....	60	Cuarto de página . . . 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. . . 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Torressecas, 5, principal, Zaragoza.

CRÓNICA ARAGONESA.

¡Semana Santa! ¿A qué linaje de profundas consideraciones no invitan esas dos palabras?

Semana Santa vale tanto como decir conmemoracion de la redencion humana en virtud del más cruento de los sacrificios, equivale á evocar aquel momento sublime en que el Hombre-Dios da su vida por los hijos de los hombres, aquel gran día de la historia, el primero entre todos, en que el esclavo se hace igual al César por la libertad y vencedor de la culpa por la gracia. Contemplemos unos instantes el drama del Calvario.

Las tres cruces ensangrentadas que se elevan en su cima arrojan á la faz del mundo las más sublimes enseñanzas que el mundo haya podido recibir en ningun tiempo.

En cada una de aquellas cruces se desarrolla un drama de incalculable trascendencia.

El divino drama del amor, escrito con la sangre de Jesús; el drama consolador de una conciencia arrepentida, grabado por la fe de Dimas; el drama aterrador de la perversidad, esculpido por la mano criminal de Gestas.

Amor que salva, fe que regenera, impiedad que condena.

Hé ahí la humanidad contemplada en el tiempo y en la eternidad.

¿Y puede creerse casual este triple acontecimiento del Calvario, esa triple crucifixion que es, á nuestro juicio, el complemento del pensamiento divino?

Si un libro en el que encontramos acertados consejos y sábias reflexiones le consideramos, con razon, como el producto de largos y profundos estudios, ¿por qué hemos de considerar como obra del azar ese sublime y triple poema del Gólgota, esa triple epopeya de la vida humana, esa manifestacion triple de los íntimos sentimientos del hombre dada á

todas las gentes bajo un sol sangriento que se eclipsa, sobre una tierra que oscila violentamente, entre el fragor de las montañas que se derrumban, al choque de las losas sepulcrales que se levantan, entre el aterrador rugido de la tempestad y el ronco bramido de las encrespadas olas de los mares?

¡Ah! Todo lo que hace referencia á la vida y muerte de Jesús, aun lo que parezca más secundario, se debe considerar como ejemplo, como enseñanza altísima dada á la humanidad hasta el fin de los siglos.

Por eso debe mirarse con la importancia que merece la muerte de los dos ladrones en cruz como expiacion de sus crímenes, al mismo tiempo que la del Hombre-Dios como expiacion de las culpas de los hombres.

Nosotros nos atreveríamos á decir que el pensamiento de la divinidad no se hubiera realizado cumplidamente si Cristo hubiese sido la única víctima del Calvario, porque además de que la sabiduría eterna habia dispuesto que muriese entre dos ladrones, segun la voz de los profetas á quienes pudiéramos llamar los heraldos de Dios en el misterio de la redencion, necesario era que la humanidad, para perdurable ejemplo, presenciase el premio reservado al arrepentimiento verdadero en la persona de Dimas y la desesperada impenitencia y su castigo en la de Gestas.

Hoy serás conmigo en el Paraiso, dice Jesús agonizante á Dimas moribundo, y de un miserable ladrón hasta entónces hace el primero de sus elegidos.

¡Qué amorosa misericordia!
Lanza Jesús sobre Gestas, ladrón impenitente y endurecido, su sentencia de eterna condenacion.

¡Qué inexorable justicia!
Hé ahí los dos términos del pavoroso problema que sólo encuentra solucion en la eternidad.

Misericordia y justicia.

Pero todavía queremos hacer observar una singularísima circunstancia en la sangrienta escena del Gólgota.

¿Por qué disposición misteriosa colocaron los verdugos de Jesús la cruz de la cual pendía el ladrón que había de arrepentirse á la mano derecha del Salvador, que es donde Dios coloca á sus elegidos, y á Gestas, que había de ser condenado, á la mano izquierda, que es el lugar de los réprobos?

¡De qué manera el hombre sin saberlo, sin quererlo, tal vez, y aún á despecho de su soberbia, es instrumento de la Providencia cuando á los planes de la Providencia conviene!

Amor que salva, fe que regenera, impiedad que condena.

Los que siguen la ley de amor, ley escrita en la cruz de Jesús, son felices en la tierra y serán bienaventurados en el cielo.

Los que siguen la ley de la fe, esculpida en la cruz de Dimas, están en gran número en el mundo; son los extraviados del corazón, no de la mente. La más insignificante circunstancia de su vida á veces hace brotar en su pecho la voz del arrepentimiento, comenzando con él su regeneración y su premio.

La impiedad, grabada en la cruz de Gestas, es la ley de la soberbia endiosada, de esos hombres que, después de diez y nueve siglos, repiten todavía la escena del Calvario escarneciendo, desnudando y abofeteando á Jesucristo en su Iglesia.

Sobre estos, como sobre su progenitor y maestro en el Gólgota, lanza Dios su sentencia de muerte.

Él haga que los Gestas tengan tiempo bastante de convertirse en Dimas.

Narremos ahora lo ocurrido durante la semana á la que hemos dedicado las anteriores consideraciones que pueden servir, cuando ménos, para estudiar el sacrificio del Calvario bajo un punto de vista acaso nuevo y sin duda alguna provechoso.

El fervor religioso con que ha asistido el pueblo zaragozano á las solemnidades augustas de estos últimos días, dicen más que todas las frases que pudieran brotar de nuestra pluma.

Extraordinario fué el concurso de fieles que el Domingo de Ramos congregóse bajo las severas naves de La Seo, para asistir á la audición del *Pasión* que anualmente se canta en aquel día.

La grandeza de sus pensamientos musicales, sus armonías y las bellas proporciones de su conjunto, elevan al desconocido autor que lo escribiera á la categoría de los grandes compositores de canto gregoriano. A juicio de entendidos compositores esta obra musical es una de las joyas de más valía que posee nuestra Iglesia Metropolitana.

Aprovechando la ocasión, aunque retrocedamos al *Viernes de dolores*, algo hemos de decir del *Miserere* del maestro Olleta que se cantó en San Cayetano. El hermoso *spartito* de aquel malogrado compositor es obra de gran originalidad y valentía; sus notas lánguidas ó brillantes fueron escuchadas con religioso recogimiento. La falta de ensayos fué causa de que dejara algo que desear su ejecución. Un ensayo para obras de las propor-

ciones de la del Sr. Olleta, nunca será suficiente para que se cante con esmero.

En cambio el *Miserere* del maestro Cariñena, cantado el Martes Santo en el templo de san Felipe, se ejecutó á conciencia. Sus armoniosos versículos fueron escuchados con dulcísima complacencia. ¡Lástima que el maestro Cariñena no tenga más aspiraciones! Su talento musical podría proporcionarle mucha gloria y provecho.

A pesar de la lluvia del Jueves y el estado atmosférico de las primeras horas del Viernes, numerosas gentes de todas las clases sociales recorrieron las estaciones. Los monumentos que merecieron la preferencia fueron los de San Miguel y PP. Escolapios.

Salgamos ahora del Templo, y obligados por el oficio de cronistas, fijemos un instante nuestras miradas en los espectáculos profanos.

La compañía lírica contratada para el Teatro Principal se ha dado á conocer del público zaragozano con dos óperas del maestro Verdi: *El Trovador* y *Traviata*, de cuya ejecución debe ocuparse esta REVISTA en otro lugar.

Y vean nuestros lectores por qué manera esta crónica termina en punta como las pirámides, según la feliz expresión del inmortal Cervantes, aunque aplicada con distinto motivo que el presente.

Comenzamos nuestra crónica conmemorando la purísima Pasión de Jesús y la concluimos evocando con un nombre la pasión impura de una cortesana.

También junto á la Cruz del Redentor se alzó en el Calvario la cruz de Gestas.

SALVADOR MORALES Y MARCÉN

LA NOVELA DE UN PERIODISTA.

I.

QUERIDO LEON: Hace ya doce años que nos separamos; doce años, que equivalen á doce siglos para esta pobre humanidad que en sólo veinticuatro horas tiene ocasión de aburrirse otras tantas veces. En doce años, todo cambia, todo, menos mi amistad invariable hacia tí. ¡Cuánto bien me ha proporcionado tu carta!... Por lo pronto, y esto no admite duda, me ha rejuvenecido; en vano busco, desde hace una hora, algunos plateados hilos que estos días asomaban con desvergüenza inaudita en mi barba y en mis cabellos; será una ilusión, pero la lectura de tu carta, me ha transportado en cuerpo y en espíritu á otros lugares y á otros tiempos... Deja que saboree este goce; es el primero que he experimentado desde que me separé de ellas; tú, con la cabeza llena con el *Fuero Juzgo*, las *Pandectas* y las *Partidas* del Rey Sábido; yo, chorreando *Materia Farmacéutica*, animal, vegetal y mineral por todos los poros de mi cuerpo; tú, te encerraste en ese poblachón; yo, me vine á Madrid; tú has sido alcalde y juez municipal, nada ménos, en diversas ocasiones; yo... ¿qué he sido?... ¿qué soy?... ¿qué seré?... ¡Qué diferencia entre ambos!

Tendrás tus penas, ¿quién no las tiene? pero después de todo, tu existencia se desliza con un sosiego envidiable, entre las cuatro paredes de tu casa solariega. Eres abogado, por lujo; trabajas, por lujo, y lujosamente te permites ser autoridad, de vez en cuando; recibir los homenajes de tus *súbditos*, pasear por

tus viñas, comer á las doce en punto, calzar zapato blanco, criar abdómen, hacerte rico... ¡Y á pesar de todo, me envidias porque estoy en Madrid!... ¡Y lo que es más... (no sé cómo calificarlo) más monstruoso todavía, me envidias, porque ves mi nombre en *letras de imprenta* en los periódicos. Convéncete, amigo mio; eres un excelente muchacho, pero no eres filósofo. La filosofía es una gran cosa, para los que como tú llevan una vida sedentaria; los distrae y los encariña con su posición. Tú, desde que en Granada te hiciste abogado, no has salido nunca de L... ¿Sabes lo que es Madrid?... Oye, y compara.

II.

Te contaré mi vida; no porque tenga nada de particular; es la vida de otros muchos, pero en su relato va envuelta la pintura de lo que es Madrid; no el Madrid ficticio, ideal, tentador, que á través de una gasa de color de rosa se ve desde provincias, sino el verdadero Madrid, con sus miserias, con su glacial desden, con sus crueles decepciones. Para un extraño, este cuento... histórico, sería fastidioso; para tí que me quieres, será interesante, ya lo sé.

A mí me perdió Perez Escrich. No le acrimino, no le culpo, no le guardo rencor, antes al contrario, es muy amigo mio, y lo quiero mucho... ¡pero me perdió!... ¿Te acuerdas con qué afán leíamos á hurtadillas, en la clase, su *Frac Azul*?... Aquellas aventuras, aquellos episodios de la *vida bohemia* que tan bien describe en su libro, me llenaron la cabeza de fantasmagorías. Quise ser literato, mejor dicho, quise *pasar hambre*, dormir de día, no acostarme de noche, asistir á una tertulia en el café, recogerme en una bohordilla, tener por todo ajuar una silla coja y un catre desvencijado, recitar versos al aire libre, escribir comedias á seis duros el acto... Esto deseaba, porque todo esto se pinta en el *Frac Azul*, y puedo asegurarte, querido Leon, que todo, todo absolutamente lo he conseguido. ¡Qué bár... quiero decir; ¡qué inocente! Lo que va de lo vivo á lo pintado!...

III.

Llegué á Madrid, como llegan otros muchos; lleno de ilusiones y de manuscritos. En el fondo de mi maleta, gozaban apaciblemente del sueño de los justos, un drama romántico y algunos centenares de poesías líricas. Esto, unido á un par de onzas para vivir hasta que se representase el drama y un editor me quitase las poesías de la mano, constituía todo mi capital. ¡Fíjurate! Lo primero que hice, fué visitar el café Suizo, el café de la *bohemia*, el café de que tanto habia oído hablar, desde mi rincón de provincias. No quiero negarte que sentí cierta indefinible emoción al traspasar aquellos umbrales; el corazón se me queria saltar del pecho; me ahogaba. ¡Cuánta gente!... Y todos serian literatos? Todos pertenecerian á aquella *bohemia* cuya aventurera vida me habia traído á Madrid? Indudablemente. Si no, ¿cómo habian de estar en el Suizo?... Por aquella época, se publicaba el «*Gil Blas*» y todas sus firmas permanecian indelebles en mi memoria. Sentéme junto á un velador, en el sitio más apartado de la sala, y pedí café. Apenas me lo sirvieron, pregunté al mozo: ¿conoce V. á D. Luis Rivera?

—Sí señor; allí está.

—A ver!... ¿Cuál es?...

—Aquel señor de bigote negro que está en aquel lado...

Devoré con la vista á Luis Rivera! No me hartaba de mirarle!... Y la verdad, me pareció que iba demasiado bien vestido para lo que yo me habia figurado. Perdóneme la memoria del pobre Rivera, pero yo hubiese preferido verlo con una levita de alpaca muy raída y un sombrero de color de ala de mosca. Rivera, por el contrario, iba muy limpio y muy elegante.

—¿Y aquel señor que esta á su lado? — seguí preguntando al camarero.

—¿Aquel de las patillas y el bigote?...

—Justo.

—Es D. Roberto Robert.

—¿Cómo!... Roberto Robert!... Conque ese es Robert!... Tan grave, tan serio!... Y es ese el que escribe *Las Tardes de la Cámara*!...

Me costaba trabajo creerlo. Yo me habia figurado al pobre Roberto mucho más jóven y mucho más alegre. ¡Con qué ánsia, con qué envidia, con qué veneración lo contemplaba!... El camarero me fué mostrando uno á uno, todos los literatos, todos los artistas allí reunidos; Figueras, Rico, Blasco, Ferran, Correa... ¡y el ilustre y desgraciado Becquer!... Este último... este sí que me pareció, al primer golpe de vista, un verdadero bohemio!

Sali del café, aturdido, embriagado de felicidad. ¡Los conocia!... los habia contemplado de cerca!... Más aun; al salir, mi manga habia rozado con la de Roberto!... Yo era uno de tantos!... Uno de los personajes del *Frac Azul*!... Mis sueños se realizaban. No te rias de estas puerilidades. En cuanto á mí, te juro, que para no prescindir de muchas de estas ridiculeces, que casi me avergüenzan, tengo que figurarme, que nadie absolutamente, ni aun tú mismo, se ha de enterar de mi *confesion*.

IV.

Aquella noche no dormí; mi cabeza era un caos. Rivera... Roberto... el «*Gil Blas*»... mi drama... los editores... la gloria... ¡Qué espantoso *pot-pourri* bullia en mi cerebro! Calenturiento, febril, daba vueltas en la cama, recitando todos mis versos de memoria y haciendo planes para el porvenir. El primer periódico en que apareciese mi firma, lo mandaria á L..., para que mi familia y mis amigos vieses lo que yo valia, y se avergonzaran del tiempo en que se habian reído al leer, por sorpresa, alguna de mis composiciones. Luégo *soñé despierto* con el teatro; al día siguiente llevaria mi drama al *Español*, con objeto de que antes de una semana estuviera ensayado, y poco despues, en escena. Con el dinero que me produjese, (que seria mucho) ¿qué haria?... Empezar un largo viaje al extranjero?... comprar una casa en el sitio más céntrico de Madrid, y alhajarla lujosamente?... asombrar al orbe con una tirada *mónstruo* de mis versos?... fundar un periódico?... Te lo confieso ingenuamente, de todas estas ideas, que amontonadas bullian en mi cerebro, triunfó la de enriquecer á mis padres, que eran pobres, y traérmelos á mi lado. Algo de meritorio habia en esta decision, pero tambien habia mucho de vanidad. ¡Qué orgullo para un hijo, ser, cuando aun no tiene pelo de barba, cuando sus aspiraciones se han considerado como locuras infantiles, ser, repito, con la realizacion de esas mismas aspiraciones, el sosten, el apoyo de sus padres! Súbitamente, una horrible tristeza abatió mi ánimo; me ví solo, solo!... á una porcion de leguas de mi casa, perdido en el oleaje de una capital para mí completamente desconocida, sin un amigo, sin una persona á quien dirigirme, en caso de apuro, á quien acudir si me sucediera alguna desgracia, si me pusiera malo, por ejemplo. ¡Qué horrible me parecia la casa de huéspedes!... Qué extraño, qué desconocido cuanto me rodeaba!... Qué indiferencia tan glacial habia en todos los semblantes!... Con los ojos cerrados, pasé revista á cuanto acababa de abandonar; ví á mis padres, á mis amigos, á mis maestros; ví mi casa sin olvidar un solo detalle; ví, por último, todo lo que para mi alma significaba amor, cariño, amistad, interés, cuidados... ¡hogar!... Hundí mi cabeza en la almohada, y lloré. Era un niño.

A. SANCHEZ RAMON.

(Se concluirá.)

EL RAMO.

El impetuoso Cinca, á algunas jornadas del sitio donde diariamente paga el feudo que como buen pechero debe á su señor, entra en un vallecillo: ya en él, detiénese al pié de risueño collado y da una revuelta penosísima. Aquel valle habitábalo en otro tiempo el hombre, animando un paisaje que con sus armonías llevaba las almas al seno del Criador y embelesaba los corazones con la delicia de sus horas, mucho más bellas, que las personificadas por los homéricos pinceles de Guido Reni.

Formaban aquel cuadro, montañas cubiertas de brillantísimo verdor; jardines naturales suspendidos en los desfiladeros de estas montañas; cien casas diseminadas aquí y allá entre huertecillos que regalaban toda clase de frutas, desde la pavía hasta la exquisita pera de manteca; colinas sembradas de eras, lagares, de todo lo que puebla el campo; artísticos peñascos fluyendo, cual si fuesen esponjas, gotas de agua apenas perceptibles, envueltos por el musgo, ornados de florecillas de las mil plantas que la humedad cria y mantiene; y sobre esos peñascos levantadas, pintorescas cabañas; los secos lechos de los torrentes de invierno; un bosque de sauces llorosos, corpulentos tejos y cruces puestas en pié sobre madrigales de violetas, cada una con los brazos abiertos frente á un rosal y todo esto dentro de una cerca bendecida, atravesada por sendas que terminaban en la casa de Dios ó en la casa del párroco, á fin de que el pobre y el peregrino al ir á pedir limosna ó á orar se acordasen de los que ya vivieron; una iglesia y un soberbio pino de Jerusalem, albergue de las palomas torcaces, en una altura rodeada de florestas escalonadas, que formaban como un trono; gentil grupo de manzanos en el presbiterio, que ayudaban á sanear el aire con sus emanaciones de oxígeno; frondosas higueras que á la vez que cobijaban los manantiales bajo sus ramas poníanles el atractivo del azúcar de sus frutos; un molino medio escondido por inmensos cañares; arroyuelos que encantaban la vista tejiendo mil mallas de cristal al mezclarse entre los troncos de los árboles y antes de engrosar la corriente del río, que á la vez que una luz purísima y dorada, reflejaba los chopos de sus márgenes; verjeles y viñedos en abundancia y los prodigios sin cuento de una flora artística y llena de bálsamos.

Allí, el elegante clavel, la escondida verbena, el aristocrático geranio, la rosa, el heliόtropo, el jacinto, la pasionaria, el bellísimo mirabel, la azucena, la cruz de Malta, la minutisa, la rica hortensia, la triste siempre-viva, la roja amapola, entrelazándose, formaban primoroso mosaico, que cubria el suelo; no faltaban la luisa, la lila, el lujoso jazminero, la madre-selva, todas las plantas, en fin, de la hermosísima corte de Flora, ni tampoco todas las gracias de la vegetacion en nuestros climas que convida con sus explosiones de gozo, á la felicidad de respirar y vivir. En la montaña el roble, la encina, el can-tueso, la zarza llena de moras y tambien la salvia, el líquen, el romero, el tomillo, el árnica; al borde del torrente el laurel; en el hondo el ceniciento olivo, el nogal y otros árboles, cuyo tronco buscan siempre las abejas para fabricar panales olorosos, brillantes como el oro líquido; en los jardines el mirto; en el prado el álamo de Lombardía con su manto de yedra; allí el olmo sosteniendo los sarmientos y pámpanos de lujosas parras; aquí el granado, el árbol que trae al exterior en el oleaje de sus sávias la púrpura con que la naturaleza tiñe en sus misteriosos y subterráneos talleres; acullá decoraciones de églogas y cuadros llenos de la calma dulce, suave, paradisiaca

de los campos del mediodía. Prestaban singular encanto á aquel valle, ya las becerrillas de hermosa piel que, guiadas por el vaquero, vadeaban el fresco Cinca, y los cabritillos que saltaban de roca en roca, suspendiéndose al borde negrusco del abismo para hincar el diente en la menuda hierba; ya las blancas palomas que volaban sobre la corona del almendro ó aleteaban junto á las fuentecillas, ántes de beber agua; ya el ruiseñor que, medio oculto entre el ramaje de los cipreses, entonaba canciones amorosas y los insectos multicolores que al trazar espirales de esmalte sobre los arbustos susurraban agitando el sonoro aire; ya el cimbalo de las abejas; ya la tortolita, Heloisa de las aves, que sepultada en el luto de un recuerdo, lloraba en la cima de los albérchigos; ya los aperos de la labranza y otros utensilios dejados por el lugareño en la linde de esa heredad ó á la puerta de aquella casa; ya el labrador reclinado á la puerta del establo en los uncidos bueyes, ó entregado á faenas agrícolas en el apartado vericueto y en el otero más próximo; ya los pastores que, con cayado y honda en la mano y zampona al cinto, guardaban rebaños de cabras y ovejas; ya el lejano sonido de las esquilas de éstas; ya las deliciosas avecillas que, despues de cantar en la enramada, volaban en la áurea bóveda de un espléndido cielo; ya escenas campestres bulliciosas ó mudas, cual las que reproduciese en Italia el Virgilio de la pintura bucólica, el rústico Jacobo Bassano; ya las orgías de colores del amanecer, el maravilloso resplandor del mediodía ó las grandes sombras de la tarde que en los paisés amados del sol tienen la melancólica serenidad que se encuentra en Teócritο ó en Gesualdo, en Pergoleso ó en las romanzas de Bellini, en Poussin ó en Jorge Montemayor, en Garcilaso de la Vega ó en la casta y meditada Victoria Colonna.

Este paisaje, donde tanto como su amenidad llenaban el alma de embeleso, la embriagadora mudez de sus himnos de perfumes, la armonía de las aguas, las dulces notas sacadas de los árboles por sedoso cefirillo, algun cantar de los labradores, se parece hoy á esas pinturas del Vinci ó de Lorena, que borrara la mano inhábil de un restaurador. No tiene los tonos calurosos y armónicos, el fresco color, la luz vaporosa ó ideal de otros días.

El espino y la malva azul crecen donde antes verdegueaban el trigo y el pámpano; el jaramago se entristece, donde en otro tiempo el gallardo y lujoso jazminero llovía hojas perfumadas; el junco y el mimbre amarillo entorpecen la corriente de la única acequia que se abre cauce entre la maleza; y el silencio más profundo reina en aquel paisaje, en el cual, una raíz señala el sitio donde cayó de vejez el gigantesco pino bajo cuyas ramas celebraba sus juntas el pueblo y se cobijaba la iglesia, y en la orilla del río, escarpada roca, cuyos piés besan las aguas, inspira al caminante un sentimiento misterioso y profundo con sus imágenes de muerte.

Hace poco más de un año que vagaba yo por pintorescas montañas con el objeto de dar un paseo higiénico, y absorto en mis fantasías de adolescente, llegué á una cumbre, en la que habia varios peñascos y en cada uno de ellos una cruz. Desde aquella cima de las cruces vi profundos valles abiertos al rededor de mis plantas. Es pintoresco contemplar un valle desde una altura.

Se goza de la creacion. La distancia confunde y borra las líneas y los espacios; y el incienso de las flores deleita, y los variados matices de los insectos eucantan la vista, y las endechas de las aves regalan el oído, y todos los seres se ven como Dios ve sus obras sublimes desde la cúspide del universo, desde el trono de zafir y estrellas sobre el cual recibe las adoracio-

nes del astro, de la planta, del hombre y del ángel.

Entre todos aquellos valles, me llamó la atención uno por su bellísima tristeza. Me dirigí hácia él, y á medida que iba acercándome huí de convencerme de que me había engañado la perspectiva.

Aquel espacio parecía un cementerio. Las huellas de la muerte estaban impresas por doquiera. Sentí el extraño dolor que se experimenta al ver la soledad allí donde hubo alegría y vida, el dolor que causa lo desamparado, comparable al que inspira el desierto, — ceniza colocada sobre la frente de la tierra para que recuerde que ha de tener fin, — cuando por ninguna parte presenta esos oasis, donde se alza la tienda en la cual duerme el árabe sobre su espingarda, mientras que el caballo atado por los cuatro piés, con la silla puesta, las crines esparcidas, la cabeza oculta en su misma sombra, para defenderla del sol, dirige desde la puerta una mirada salvaje á su dueño.

Y lo que veían mis ojos era tristísimo. A la derecha zarzales, ortigas, cardos silvestres, y las pálidas flores, que brotan en los escombros, más compasivas que el hombre, porque en vez de huir de la desgracia, la abrazan con sus raíces; á la izquierda, cerca de algunos álamos agobiados por la vejez y el desamparo, un campanario, en la esfera de cuyo reloj las saetas señalaban las seis. ¡No se movían! ¡La campana estaba muda! ¿Para qué había de dar la voz de alerta, si nadie esperaba la llegada de la muerte? ¿Para qué había de decir los instantes que pasaban, si los que allí respiraron estaban ya en la eternidad, y la eternidad es un tiempo sin horas ni medida?...

A mi derecha, ruinas, poyos de hogar, al aire libre, ahumadas paredes, y en el declive de una montaña, sobre una roca que le servía de pedestal, un castillo, del cual había solamente en pie la torre del homenaje coronada de jaramagos y algunos lienzos de muro, carcomidos y musgosos; á mi izquierda el arco de entrada al campo-santo y sobre él una cruz.

A mi derecha, gritos de urracas; á mi izquierda, arroyos y fuentes producían ese ruido sonoro, armonioso y agradable «que tanto en los pequeños manantiales como en los grandes mares es siempre la voz del agua.» El agua es el elemento triste. *Super flumina Babylonis sedimus et flebimus.* ¿Y por qué? Porque el agua llora á la par que todo el mundo.

Así dice Alfonso Lamartine.

Sentado al pié de una higuera, bajo la cual brotaba una fuente, permanecí largo rato contemplando aquel paisaje, y experimenté ante él, el indefinible sentimiento que inspira un cuadro al óleo de Zurbarán ó de Carducho, que adorna la escalera medio derruida de un Monasterio abandonado, á la hora en que las desmayadas luces de la tarde caen sobre los vacíos claustros, si á través del polvo que cubre el lienzo, se descubre la severa faz de un Santo moribundo.

Nada tan solemne y patético como aquel valle, que parecía el de las tumbas. En él, todo hablaba del pasado. No existía el presente. Pesaba el porvenir sobre el corazón como un Atlas de bronce. La soledad estaba henchida de pensamientos..... — Estas ruinas — me dije, — entristecen, pero sin ellas, el valle sería un sitio sin alma, pues no ofrecería al corazón majestuosos recuerdos. Las ruinas son la poética de la muerte, según Chateaubriand. Atraen como imán misterioso, porque son los monumentos de la brevedad de la vida; porque consuelan la debilidad humana. Difunden moralidad en las escenas naturales, y si se hallan colocadas en un cuadro, en vano se intenta no mirarlas: búscalas la vista aun sin quererlo. En el *Paisage del Vado*, por ejemplo, más que los bellísimos árboles, y que los grupos de pastoras, y que el rebaño

que cruza la mansa corriente, atraen las miradas del observador las ruinas que coronan el pintoresco montecillo que se divisa á alguna distancia, y las que se ven entre árboles en las márgenes del plateado río que corre en aquella naturaleza tan ideal, que convierte el cuadro en página pintada de las Geórgicas... Sin embargo, las que son devastaciones, laceran el corazón, ofreciéndole la fría imagen de la nada, sin la aureola de un poder reparador, pues en torno de ellas los años no siembran flores; ni embellecen la muerte, con las plácidas ilusiones de la vida, las cariñosas palomas blancas de la selva, que alguna vez lucen en el cuello cintas consagradas de las que traen de Jerusalem los peregrinos, y todas las tardes, á la puesta del sol, llevan en el pico un capullo á la Buena Virgen de los Bosques, colocada en el tronco de un espino ó entre los tapices de musgo del hueco de una fuente; ni se apodera la naturaleza de los sitios vacíos á fin de mostrar, que en su arquitectura tiene altas maravillas superiores á las joyas del arte, y que es el gran sacerdote, el gran pintor, el dulce poeta sagrado, cuyo número tiene inspiración inagotable, el gran músico del Eterno.

Tales ideas me asaltaban una tarde de Setiembre de 1871 ante aquellas ruinas, cuando oí la aguda vibración de una campana que daba una hora. La campana de un reloj me ha parecido siempre bocina de la muerte; su esfera semblante de los años; la oscilación de su péndulo un estremecimiento de la vida al oír cerrar puertas de sepulcros; sus ruedas alegorías de la marcha que sigue en este mundo lo criado, y sus agujas, manos misteriosas que se mueven para escribir los registros del pasado, las crónicas del presente, *lo que será nuestro fué*; lenguas, mudas, porque nada dicen del porvenir; brújulas que indican dónde estamos, cuál es nuestro norte, pero no saetas de barómetro que anuncien los frios del sepulcro. ¡Qué verdaderas y bellísimas son las estrofas inspiradas al trovador de nuestro siglo por el péndulo que al cavar con sus oscilaciones el hoyo donde sepulta las horas, murmura,

nunca, nunca vuelve á ser,
lo que allá en la eternidad
una vez contado fué!

Aquel círculo misteriosísimo, rostro de un sér invisible, según Zorrilla, y ojo del tiempo
cuya viviente pupila
medita y marca tranquila
el paso á la eternidad...

especie de presa que forma el río de las edades á fin de que puedan ser contados é impedido el que vuelvan los soles que ya pasaron; imagen del destino de la vida; simbólica pizarra que nos demuestra con números, que somos polvo, humo, miseria, nada, al decir de Calderon; aquel círculo misteriosísimo, repito, parece un nudo que está rompiéndose... el nudo que ata á la mente de Dios esos orbes que el alma ha convertido en notas de un eterno canto, de una orquesta sublime, y á la vez en matices de la música de la bienaventuranza, en signos del pentágono de lo infinito, dibujado con líneas de zafir allí arriba (1).

El reloj es una alegoría de la existencia, preciosa miniatura de la admirable máquina de los orbes, lápida de este inmenso sepulcro que se llama globo. En su horario tiene escritos los nombres de las fechas pasadas; la péndola se mueve sin cesar, las manecillas giran, pero las horas nacen, y á cada momento lo anuncia la campana con sus toques, que son de agonía y de gloria á un mismo tiempo. ¿Qué es la vida sino un camino que une dos cunas: la del nacimiento

(1) Escritas estas líneas después de la lectura de *El Reloj*, de D. José Zorrilla.

y esa otra oculta en la tierra, que es tambien de nacimiento, pero en otro mundo más luminoso que éste? ¡Qué es el bullicio que nos rodea, sino estraña fantasía formada con notas de llanto de recién nacidos y con notas de amargo lloro de los que se despiden del mundo y de los que sobreviven á seres idolatrados!...

¡Ah! Ningun corazon late sin amor, ningun reloj se mueve si cerca no está el hombre á quien advertir: que segun el tiempo crece más pequeño el tiempo es.

Estas reflexiones me hacía, nacidas de mi íntimo pensamiento y despertadas por el timbre de aquella lengua metálica, á la vez que buscaba con los ojos una figura aislada que me hiciese sentir mejor la soledad del sitio, cuando á mi espalda, en una eminencia sembrada de tomillos y romeros, vi una ermita, frente á cuyo pórtico alzábase secular y orgullosa encima, que á través de la distancia parecia un candelero gigantesco colocado allí por la naturaleza en testimonio de su veneracion al sublime poeta y grande artista de los cielos. Trepé por el montecico y llegué al santuario.

A. ROSA.

(Se continuará.)

AL HOMBRE POR LA PALABRA.....

PROVERBIO

EN UN ACTO Y EN PROSA.

(CONCLUSION).

CALIXTO...—Precisamente. Niegue usted que ha comido conmigo chuletas, una langosta...

BENITO....—¿Con que tambien una langosta?

SERAFINA.—Y tambien la paciencia.

BENITO....—(¡Infame! conozco tu afición á las langostas.)—*(Aparte)*.

SERAFINA.—(Y yo la tuya á Polonia.)—*(Aparte á Benito)*.

BENITO....—(¡Vuelve por otra! Tambien sabe...)—*(Aparte)*.

CALIXTO...—Entonces ¿me dirá usted quién es una señora que entró conmigo en esta sala no hace media hora todavía?

SERAFINA.—¿Todavía? Pues todavía puede usted preguntárselo al portero.

CALIXTO...—¡Señora!

SERAFINA.—¡Caballero!

BENITO....—Oye, Calixto. Bien pudiera suceder que fuese la doncella.

CALIXTO...—¿Cómo? ¿Usted tiene una doncella efectivamente en su casa?

BENITO....—(Cuidado, que resbalas.)—*(Aparte á Calixto)*.

SERAFINA.—Creo que tengo dos.

CALIXTO...—En fin, estamos en pleno Carnaval... Siga la broma! ¡Bravo! Muy bien, señora... ¡Bravísimo! Pero ¡ay, amiga mia! se olvida usted de que he sido oficial de carabineros, y que mi padre tenia una gran fábrica en Toledo.

SERAFINA.—Lástima que usted no haya sido capitán.

CALIXTO...—¿Por qué razon?

SERAFINA.—Porque de ese modo..., ¡ja! ¡ja! ¡ja!

(Riendo con gran naturalidad.)

Cuando usted guste, señor D. Benito, pasaremos al despacho.

(Indica á D. Benito que entre por la lateral de la derecha. Este se retira á un lado para que Serafina pase delante.)

CALIXTO...—Pero diga usted por qué.

SERAFINA.—Porque sí, hombre, porque sí... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

ESCENA VIII.

Calixto.

CALIXTO...—¡Qué diantre de mujeres! No, pues no te escapas tú sin saber á qué atenerme. Yo reconoceré el terreno, y hemos de aclarar ahora mismo este tinglado...

(Plantándose delante de la lateral por donde entró Serafina.)

¡Y ay de tí, pícara viuda, si eres la verdadera máscara que busco. ¿Para qué habria sido uno oficial de carabineros? ¡Éh, muchacha! Pepa! Juana! Blanca! Demonio!

(Llamando en un lado y otro.)

ESCENA IX.

Calixto.—Patricia.

PATRICIA.—¿Quién llama por aquí?

(Sale por el foro.)

CALIXTO...—Mira, remonona; si quieres ganarte veinte reales en ménos que canta un gallo, dí-melo aprisa; corriendo, volando.

PATRICIA.—Dice usted que...

CALIXTO...—Eso mismo. Tómalos.

(Le coge la mano y le pone en ella una moneda.)

¿Quién vive en esta casa? Pronto!

PATRICIA.—Caballero... yo no sé si... la...

(Vacilando.)

CALIXTO...—Si, la, sol, fa, mi, re, do. Enterados. Vamos, anda, de prisa. Escóndeme en tu cuarto.

(La abliga á andar hácia el foro.)

PATRICIA.—Caballero... yo...

(Se resiste como dudando.)

CALIXTO...—Eso mismo, mujer, eso mismo. Yo soy un caballero, necesito saber quién es tu señorita, y... etcétera... Te doy veinte reales; despues que lo sepa te doy otros veinte. Ya ves que pago como un caballero. Conque andando, alma mia.

PATRICIA.—Pero si... si...

CALIXTO...—Y dale con el si. Si siempre contestas de ese modo, vas á hacer feliz á tu novio... Vamos allá.

(Vánse por el foro.)

ESCENA X.

Serafina.—D. Benito

SERAFINA.—¡Dios mio! Qué fúria de hombre... ¡Calle! Ya se marchó ese tipo.

BENITO....—¡Conteste usted, infame! ¡Conteste usted á su marido!

(Sale detrás de Serafina sumamente irritado.)

SERAFINA.—¿No lo viste por tus propios ojos?

BENITO....—Si pude contener mi coraje delante de un extraño, ya es hora de que me desahogue y te pida estrechísimas cuentas.

SERAFINA.—Pide lo que quieras.

BENITO....—Usted se fué al baile sin mi permiso.

SERAFINA.—Como tú. ¡Pues ya lo creo!

BENITO....—Usted se dejó estrechar la...

SERAFINA.—Y mucho que sí.

BENITO....—Usted cenó en compañía de un hombre que no era su marido.

SERAFINA.—Y despues almorcé.

BENITO....—Y usted comió chuletas, langostas...

SERAFINA.—Justamente; chuletas de langosta.
 BENITO....—Eso fué el rayo de luz que abrió mis ojos.
 SERAFINA.—A mí me abrió el apetito.
 BENITO....—¡Mil truenos! No me sofoque usted y concluyamos de una vez.

SERAFINA.—Y para siempre.

BENITO....—¡Para siempre!

(Transición; pronuncia esta frase con tono melodramático, y tomando una postura cómica y forzada).

(Así mi dijo Polonia al separarse un día de mi lado... ¡Qué de recuerdos evoca este nombre... Polonia de mi vida. —(Aparte.) Mira, Polonia; digo, Serafina...

SERAFINA.—Hola, caballero.

BENITO....—Mira, Serafina; ya sabes que desde que juego á la bolsa se ha modificado bastante mi carácter. Así es que cuando la bolsa sube, mi carácter se dulcifica y tiende á la conciliación de todos...

SERAFINA.—Comprendido.

BENITO....—Mírame, pues, manso como un...

SERAFINA.—Como un borrego.

BENITO....—¡Canario! Vaya unas comparaciones... ¡Ay! Si tú me confesaras la verdad...

SERAFINA.—Ojala volviera ahora mismo ese amigo tuyo.

BENITO....—Y ¿para qué, señora mía?

SERAFINA.—Para que confesara la verdad jurando por su honor.

BENITO....—¿Por su honor? Escúsale la venida.

SERAFINA.—Además que aun ha de volver.

BENITO....—¿De veras, eh? Que echen el cerrojo á la puerta y las dos llaves, y si hubiera perro... De buena me escapé ¿no sabes que aun le adeudo algunos reales, y que ignora dónde vivo, gracias al sistema volandero que...

SERAFINA.—¿Qué lo ignora? Hombre, no seas bobo. ¿Pues á qué vino aquí sino en busca de metálico?

BENITO....—¡Buena idea! Bien podía ser eso...

SERAFINA.—Naturalmente: él había de darte alguna excusa y ocurriósele inventar aquello del baile y de la langosta...

BENITO....—Lo de la langosta es lo que no puedo tragar.

SERAFINA.—Pues hijo, escupe.

BENITO....—A bien que mañana nos mudamos á la calle del Turco.

SERAFINA.—¿Otra vez? ¡Santo Dios!

BENITO....—Qué quieres, hija; desde que los ingleses se nos entraron por Gibraltar... En fin, me voy á dormir, aunque no pensaba dormir esta noche. Mañana madrugaré para ir á Pozuelo: tú te encargarás de todo.

ESCENA XI.

Serafina — Polonia.

SERAFINA.—Pues, señor; si esto no es salvarse en una tabla, que venga Dios y lo vea. La mujer casada tiene que ser muy diplomática y muy...

POLONIA...—¿Dónde está esa mujer?... ¿Dónde está esa mujer?

(Viene por el foro con dominó blanco ó rosa como en la escena II y sin antifáz, y mirando con viva ansiedad por todas partes).

SERAFINA.—¿Chica, tú aquí?

POLONIA...—Sí. Mis sospechas se acaban de realizar. ¡Tú! Tú eres la falsa amiga que me roba el único amor del hombre que podía hacerme feliz.

SERAFINA.—¿Qué estás diciendo?

POLONIA...—No puedes negarle, porque te he visto entrar con él en esta casa.

SERAFINA.—¡Hola! Parece que espías.

POLONIA...—Tú misma te has vendido.

SERAFINA.—¿Luego no soy tan despreciable como tú creías?

POLONIA...—¿Luego esto es un desquite que te tomas?

SERAFINA.—¿Qué valgo yo á tu lado?

POLONIA...—Pregúntaselo á tu marido que sabe distinguir de colores, y sobre todo los colores de mi gracia.

SERAFINA.—¡Valiente gracia!

POLONIA...—La que quisieras tú tener, pero hija mía, lo que no es de natura... y como dijo el otro, poca lana y entre zarzas; y la gallina de mi vecina más huevos pone que la mía; y dijo la cucaracha á sus hijos, venid acá, mis flores.

(Habla con gran volubilidad).

SERAFINA.—Tararí! Tararí! Tararí! Tú te lo entiendes, tú te lo bailas y tú te lo dices todo.

(Remedando á Polonia).

POLONIA...—Cállate! Cállate! ó harás que acabe por estallar y nos oigan los sordos, y ¡ay de tí si nos oyen los sordos!

SERAFINA.—¡Qué más quisieran ellos! Concluyamos, chica; ¿quieres escucharme como persona razonable? ¿Vas á continuar siendo mi amiga?

POLONIA...—No lo sé.

(Vuélvese de espalda).

SERAFINA.—Pues yo tampoco.

(El mismo juego).

POLONIA...—Exijo de tí un sacrificio.

SERAFINA.—Tú dirás.

POLONIA...—Vamos á volver juntas al baile. Allí estará Calixto. Es preciso que lo desengañes.

SERAFINA.—¿Y mi marido que me espera?

POLONIA...—Tu marido estará ya soñando con todos los jugadores de la bolsa. Es cuestión de dos horas. Además tú no vas á divertirte, sino á hacer una obra de caridad. El conoce mi historia, mis sacrificios, mi amor, mis persecuciones, mis...

SERAFINA.—Ah, chica; antes que me se olvide, ponte estas flores en el peinado... porque él no sabe con quién habló esta noche. Se me cayó un clavel y se lo guardó el bribón. Ya me entiendes... Es un detalle...

(Se quita las flores de la cabeza y se las pone á Polonia.)

POLONIA...—Comprendo perfectamente. Echate, échate prontito el dominó... ¿dónde lo tienes?

(La lleva á la derecha. Serafina entra y sale al momento con el dominó.)

¿Estoy bien?... Estas flores agracian mucho...

(Mirándose en el espejo.)

Una viuda graciosa, jóven simpática, interesante... Y la careta... Llena de visibles atractivos, bien merece ser apoyada en el peligroso trance en que se encuentra.

SERAFINA.—¿Sabes que tienes lábia?

POLONIA...—Por algo nací en Sevilla y en la calle de las Serpes.

SERAFINA.—¿Pues no digiste al oficial que eras manchega?

POLONIA...—¿Manchega? Sí, es verdad; fué un recurso oratorio. Me convenia que resultáramos paisanos por aquello de... bien vienen mangas despues de Pascua, y quien te dá un hueso no te quiere ver muerto, y á donde quiera que fueres haz lo que vieres,

SERAFINA.—¡Ya escampa!
 POLONIA.—Conque vamos: ¿qué haces ahí parada?
 SERAFINA.—La verdad es que dudaba.

ESCENA XII.

Serafina. — Polonia. — Calixto.

Este aparece en el foro en el momento en que Serafina, una vez puesto el antifaz, dice la frase: «La verdad es que dudaba.» Apaga ésta la luz al oír pasos, de manera que Calixto no ha podido ver más que á Polonia que está casi en la puerta, y hácia quien se dirige en seguida.)

SERAFINA.—Ah! él es.—(Apaga).

POLONIA.—¿Qué es eso?

CALIXTO.—La cogí. Ahora si que no te escapabas...

POLONIA.—¿Por qué apagas la luz?...

(En voz baja á Serafina.)

CALIXTO.—Eso es... cambie usted la voz... Todo es inútil... criatura celestial; yo te adoro...

(Deteniendo á Polonia.)

POLONIA.—Un hombre... ¡Jesús! Suelte usted.

(Queriendo evadirse de Calixto.)

ESCENA XIII.

Dichos. — D. Benito.

Este sale por la derecha en mangas de camisa, con una bata vieja por encima y en zapatillas. Lleva una bujía completamente gastada en la palmatoria, que sacará en la mano. Anda á tientas.)

BENITO....—Dónde estará mi mujer? Toma! pues no hay luz... se me acabó la vela...

SERAFINA.—¡Ah, gracias á Dios! Pongámonos en salvo...

(Serafina, que habrá ido buscando el armario, tropieza con él, le abre calladamente, se mete dentro y cierra.)

CALIXTO.—Divina criatura ¿por qué huyes de mis brazos?

BENITO....—(¿Quién andará por aquí?)—*Aparte.*

CALIXTO.—¡Ah pícara!

(Polonia consigue escapar de Calixto.)

BENITO....—¿Quién anda por ahí?

Avanza con las manos extendidas hácia la izquierda donde está (Calixto.)

CALIXTO.—Por fin te tengo.

(Coge la mano de D. Benito que seguía avanzando.)

BENITO....—¡Demonio!

(Retirándola con viveza.)

CALIXTO.—¡Fuego!

(Sacudiéndola como si se hubiera quemado.)

BENITO....—¡Patricia! ¡Luces... luces! ¿Qué gente hay aquí?

(Llama con grandes voces.)

ESCENA XIV.

Dichos. — Patricia. — (Que trae luz.)

PATRICIA.—Señorito...

BENITO....—Corre... veamos qué gente es esta.

(Reparando en Calixto y Polonia á la vez.)

¡Gran Dios!

PATRICIA.—(¿Qué belen será este?)—*Aparte.*

CALIXTO.—Chico, Benito! ¿Otra vez aquí... y en bata y zapatillas? Ja! ja! ja!

BENITO....—Poco á poco. No nos riamos tan pronto.

CALIXTO.—Vaya una lámina! Ja! ja! ja!

PATRICIA.—(Aquí sucede algo gordo.)—*Aparte.*

CALIXTO.—¿Pues no dijiste que no vivias aquí? ¿O es que la viuda te permite tratar sus asuntos con ese desahogo? Ja! ja! ja!

(Sigue riendo.)

BENITO....—Que no te rias, Calixto... Mira que no es cosa de risa. ¿Quién es esta máscara?

(Por Polonia.)

CALIXTO.—Ja! ja! ja! Ah! señor bolsista, conque me ocultabas...

BENITO....—Responda usted inmediatamente: ¿qué escándalo es este? ¿Dónde está mi mujer?

CALIXTO.—¿Tu mujer? Ja! ja! ja! Qué lámina.

BENITO....—¡Yo voy á hacer una barbaridad!

CALIXTO.—No te molestes. Yo creo que la barbaridad está ya hecha.

BENITO....—Patricia... ¿Dónde está mi mujer?

PATRICIA.—Señorito, yo... si... la...

CALIXTO.—¡Pero qué afición tiene esta criatura á la música! Siempre responde en solfa.

BENITO....—Apártate.

(A Calixto.)

¿Quién es usted?

(Se dirige á Polonia que permanece inmóvil, é intenta descubrirle la cara. Calixto se opone.)

CALIXTO.—Eso si que no, Benito. Este género está protegido por mi pabellon.

(Colocándose delante de Polonia.)

BENITO....—¡Calixto! ¡Calixto! Por Dios, apártate!

¿Quieres que haga alguna barbaridad?

¿Dónde está mi revolver? ¡Un cuchillo!

¡Un puñal! ¡Una navaja!

(Corriendo por la escena de un lado á otro como furioso y fuera de sí.)

CALIXTO.—Mira, chico. ¿Te sirve mi cortaplumas?

BENITO....—Es que una sospecha aterradoramente acaba de cruzar por mi imaginacion... Esa máscara... Calixto...

CALIXTO.—Anda, hombre, anda y con tu pan te lo comas. Pues si yo tengo doble curiosidad que tú...

BENITO....—Señora... basta de tapujos...

(Se dirige de nuevo hácia Polonia.)

¡Serpiente, descúbrete!

POLONIA.—Caballero... yo me basto.

(Se quita el antifaz.)

BENITO....—¡Ah!

(Como dulcemente asombrado.)

CALIXTO.—¡Oh! (Abrete, abismo y trágame.)—*Aparte.*

BENITO....—Polonia... queridísima Polonia...

CALIXTO.—Pues señor... ya pareció aquello.

BENITO....—¿Cómo se encuentra usted aquí? Explíqueme usted... porque mi corazon, mi tiernísimo corazon no puede olvidar...

ESCENA ÚLTIMA.

Calixto. — Benito. — Polonia. — Serafina. — Patricia.

Esta última alumbrando la escena. — Al pronunciar D. Benito las últimas palabras, se abre cautelosamente el armario, y aparece Serafina sin dominó ni antifaz, cayendo sobre aquel, pero sin que nadie le haya visto.)

SERAFINA.—¡Infame!

BENITO....—¡Caracoles!

SERAFINA.—¿Conque su tiernísimo corazon?

POLONIA.—Calixto mio!...

(Aproximándose á Calixto.)

CALIXTO.—(Te veo de venir.)—*Aparte.*PATRICIA.—(Ave María Purísima! no entiendo ni una jota.)—*Aparte.*

BENITO....—¿Qué significa este lío?

SERAFINA.—Yo te explicaré.

CALIXTO....—(¿Será posible que haya corrido como un galgo detrás de mi mala sombra? No sé qué daría por saberlo.)—*Aparte.*

BENITO....—Señores... mi mujer tiene la palabra.

CALIXTO....—Eso es, sepamos.

SERAFINA.—Nada más fácil. Tu amigo Calixto tropezó esta noche con Polonia; juzgóla sin duda una bonita conquista y echó tras ella. Al pasar por aquí cansada y perseguida ocu-

rióle refugiarse en nuestra casa. El conquistador subió detrás. Quiso marearlo y cuando él esperaba á la máscara, salí yo en su lugar... era cuando tú tambien estabas. Quiso este señor busca-ruídos cerciorarse...

CALIXTO...—Señora... los motes están demás.

SERAFINA.—Y volvió á presentarse en el momento en que nos vestíamos para salir.

BENITO...—¿Cómo salir?

POLONIA...—Señor don Benito, en esto de salir, yo sola soy la culpable, porque la habia comprometido á causa de este hombre insensible á mi ternura, sordo á la palabra que me dió aquella noche en que...

BENITO...—En que... etcétera.

POLONIA...—Y luego con las glorias se le fueron las memorias, pero yo no olvido que pobre importuno saca mendrugo; que Zamora no se ganó en una hora.

CALIXTO...—Ni en tres tampoco.

SERAFINA.—Pero hombre ¿por qué es usted tan insensible?

CALIXTO...—(Si usted me hace ver con toda claridad á la mujer que estreché en mis brazos, la doy palabra de no ser insensible).

BENITO...—Desairar á una jóven tan linda.

PATRICIA.—(A mi señorito se le hace la boca un agua... Qué lástima que...)

SERAFINA.—Señores... este caballero promete cumplir la palabra que le dió á Polonia en aquella ocasion...

BENITO...—En que... etcétera.

SERAFINA.—Si esta misma le presenta una prueba clara y terminante de que engañado por su gracia, su chic y su aquel, ha corrido tras ella durante dos horas y media...

CALIXTO...—¿Cómo ha de ser... ya está dicho!

POLONIA.—Pues bien, Calixto; ¿vé usted este clavel?

(Se tira hácia atrás el capuchon y se quita un clavel de entre las flores que llevará en la cabeza.)

Es el compañero de ese otro que lleva usted sobre el ojal.

CALIXTO...—¡Canastos!

BENITO...—Cogido, cogido, cogido... La prueba es terminante.

(Alegremente y asiéndole del brazo.)

CALIXTO...—Ah pilló! ¿Cómo te encuentras dentro?...

POLONIA...—(Oh, gracias, querida mia... No olvidaré jamás lo que te debo.)

(Aparte á Serafina.)

CALIXTO...—Ay qué situacion la del general! Pero en fin... á lo hecho pecho... Señorita Polonia, reconozco la deuda que contraje aquella noche en que...

BENITO...—Etcétera.

CALIXTO...—Pues, señores; ya lo ven (Al público.) cómo la chica despunta...

el que anda entre miel se unta, y andando entre ellas tambien.

Y aunque un abismo se abra, ó pase yo por estulto, no hay modo de huir el bulto.

Al hombre por la palabra...

JOSÉ M. MATHEU.

Madrid: Marzo de 1879.

Á ZARAGOZA.

DEDICADO A MI ANTIGUO COMPAÑERO D AGUSTIN PARAISO.

Llegué á tí, jóven, tímido y sincero;

Bajo tu cielo espléndido y hermoso

Sentí abrirse mi númen vagaroso

Y prosperar feliz mi amor primero:

Alternando en estudio lisonjero

Con amigos de pecho generoso

He corrido tu campo deleitoso,

He visto tu Cartuja y tu Torrero.

Me ha entusiasmado tu sin par historia,

Amo á tu gente franca y verdadera,

He cantado álgun rasgo de tu gloria,

Hija tuya es mi dulce compañera,

Y, ó vivirás constante en mi memoria,

O me darás morada placentera.

G. MARTINEZ GOMEZ.

Valladolid: Marzo 1880.

SONETOS RELIGIOSOS.

AL SEÑOR DON SALVADOR MORALES Y MARCÉN.

I.

LA CREACION.

Deshecho el cáos en dorada lumbre

Al fulgor de un aliento poderoso,

Palpita el Universo esplendoroso,

Brillan los astros en la régia cumbre;

Por el vacío alada muchedumbre

De aves se extiende en murmurar gozoso,

Y salta el pez sobre el cristal undoso,

Y arde un Eden de amor y dulcedumbre.

El manantial que surge de la roca,

El ave tierna que al azul se lanza,

Cantan la gloria del excelso nombre;

Y omnipotente, el Hacedor coloca,

A su imágen fundido y semejanza,

Sobre los mundos, como rey, al hombre.

II.

EL PRIMER HOMBRE.

Ante un árbol purpúreo y encantado

Y gala del Eden resplandeciente,

La tentacion en murmurar ardiente

Le brinda con el fruto codiciado.

Intenta resistir; pero abrasado

Por la risueña tentacion se siente,

Y cac matador sobre su frente

El angustioso estigma del pecado.

En incesante fatigoso anhelo

Gemir por él la humanidad debía

Condenada al eterno desconsuelo.

Por la mujer el hombre sucumbía;

Mas si nublaba una mujer el cielo,

Otra á los cielos sonreir haría.

III.

CAIN.

Como reptil que surge del follaje
Se arrastra la traicion sobre la tierra,
Y el ángel del engaño y de la guerra
Presta á Caín su tentador lenguaje.

La soledad augusta de un paraje
Sumido en calma sepulcral, no aterra
Al despiadado corazon que encierra
Con la esperanza un anhelar salvaje.

Abate al bueno la doblez menguada,
Y la traicion arrebató la vida
Al inocente, con siniestra mano.

De aquella horrible tierra ensangrentada
La voz del cielo ahuyenta al fraticida,
¡Y le sigue el espectro del hermano!

IV.

EL DILUVIO.

A empleo vil la humanidad se entrega,
Y se arrastra y revuelca por el cieno
Sin recordar que del cenit sereno
Puede surgir la tempestad que ciega.

El rudo instante de esterminio llega,
Y brilla el rayo, y se despeña el trueno,
Y, desgarrado tormentoso seno,
En agua el monte colosal se anega.

Sobre los mares vá flotando el *Arca*,
Mientras la altura en rayos se desploma
Sobre la frente del mortal esquivo.

Cubierto ya cuanto el humano abarca,
Sonríe el cielo, y la gentil paloma
Tiende las alas hácia el verde olivo.

V.

LA TORRE DE BABEL

No poseyendo un indomable vuelo
Para lanzarse al piélago infinito
Donde se apaga el borrascoso grito
Que arroja ardiente en su ambicion el suelo,

Presa los hombres de febril anhelo,
Pretendian con ánimo inaudito,
Amontonando escalas de granito,
Hollar un dia la region del cielo.

Al rumor de mil lenguas, imponente
Abrumadora confusion desgrana
Las haces mil de la ambiciosa gente.

¡Así rueda el soberbio! ¡Así mañana
Rodará la ambicion!... ¡Qué fácilmente
Abate el cielo la soberbia humana!

VI.

EL PUEBLO DE DIOS.

Sintiéndose de cerca perseguido,
Buscando las arenas del desierto,
Avanza en angustioso desconcierto
Sobre un país por la venganza herido.

Ante un monstruo que salta dividido,
Cual por el hacha desgarrado y muerto,

Camino vé de salvacion abierto
El pueblo entre los pueblos escogido.

En ira el ciego acosador se enciende,
Y en monton caballeros y peones
Avanzan hácia el mar con heroísmo.

Augusto brazo salvador se extiende,
Y el déspota, y los carros y legiones,—
Cual fiera hambrienta, se tragó el abismo.

VII.

EL SALVADOR.

Por el lodo los pueblos se arrastraban
Como en la orgía lúbrica bacante,
Y la pureza, el corazon amante
De la mujer infames profanaban.

Los ominosos ídolos se alzaban
Sobre la sangre de un altar humeante,
Y el cuerpo del esclavo, palpitante
Las fieras en el circo desgarraban.

Para volcar al ídolo pagano,
Apotheosis del vicio y de la guerra,
Nace Jesús cual miserable humano.

Humilde choza al Salvador encierra:
¡Así nace el *Divino Soberano*
Que adorarán los reyes de la tierra!

VIII.

EL PUEBLO DEICIDA.

La cuna de sus glorias abatida
Al rayo de las armas violento,
Es triste arena que desliga el viento
Sobre el mundo, la raza maldecida.

Aun por la tierra, con penosa vida,
Se arrastra cual fantasma macilento,
Llevando el *inri* de la cruz sangriento
Sobre la frente, el pueblo deícida.

Como el soplo que rasga la palmera,
Lo desparrama un huracan maldito
En amarillas haces por doquiera.

Mientras exista, gemirá proscrito,
Y eternamente caminando, espera,
Y eterno le persigue su delito.

IX.

JERUSALEM.

Ayer á los humanos asombrabraba
Tu colosal esplendidez fecunda,
Y no sentía tu cerviz la inmunda
Argolla vil de miserable esclava.

Luego el poder de tu soberbia acaba
Hundido al peso de mortal coyunda:
¡Debía ser eterna moribunda
La que á *Dios moribundo* contemplaba!

Miradla allí... ¡No se levanta al beso
Que el sol arroja de la edad moderna
Donde huracan abrasador palpita!

Miradla allí... ¡Bajo el horrible peso
De una implacable maldicion eterna,
Aun se estremece la *ciudad maldita!*...

X.

JUDAS.

¿No tiembla cuando al ciego fanatismo
Entrega la *Verdad* que nos redime
Y sólo el arma del amor esgrime
Contra el poder brutal del Paganismo?

Bañase en sombra el firmamento mismo
Para no ver que la traicion imprime
En una faz de resplandor sublime
Un beso más oscuro que el abismo.

Llora el traidor su suerte malhadada,
Y no puede apagar el fuego interno
Que le rõe cual sierpe despiadada.

Rueda á las simas del dolor eterno,
Y al verle, una siniestra carcajada
De rabia y mofa le arrojó el infierno.

XI.

¡MARÍA!

¡Nombre que canta, al sonreír, el día,
Y sobre el lecho del dolor fulgura;
Nombre que el alma en su deliquio apura
Cual dorado raudal de poesía!

¡Nombre que exhala un mundo de armonía,
Todo un pœma de inmortal dulzura!

¡Iris risueño en la tormenta oscura;
Esperanza del hombre en la agonía!

¡Faro que luce en la voraz tormenta
Que los cimientos del altar socava,
Y ante la duda y la impiedad, alienta!

¡Nombre que en todo corazon se graba;
Que á la faz de los siglos representa
La redencion de la mujer esclava!

XII.

JESUCRISTO.

Avanzando hácia tétrico gigante,
Al peso de la cruz se arrastra herido;
Ya se aproxima al Gólgotha, escupido
Por un pueblo que ruge delirante.

Llegó el momento, el salvador instante
De ser por Dios el hombre redimido:

Ya exhala el *Mártir* su postrer gemido;
Ya pende de la cruz, agonizante.

Allá en la cima de un osario inundo,
Al peso de dolores sobrehumanos
Inclina la cabeza moribundo.

Espira al fin, y sus sangrientas manos
Dicen al cielo: *¡Yo defendo al mundo!*

Dicen al mundo: *¡Todos sois hermanos!*

V. MARIN Y CARBONELL.

Marzo de 1883.

ESPECTACULOS.

El Domingo de Pascua abriéronse de nuevo las puertas del Teatro Principal, presentándose al público la compañía de ópera italiana que ha de ocupar aquel coliseo durante la actual primavera.

Il Trovatore y *La Traviatta*, conocidísimas óperas del maestro de Busseto, han sido las que en primer término se han puesto en escena; y en verdad que el mérito de los cantantes no ha rayado tan alto como la indulgencia del auditorio. En el número próximo, amén de una reseña detallada, publicaremos un artículo titulado *La ópera en Zaragoza*.

Dejando para más adelante el consignar nuestro juicio respecto de los principales artistas, nos limitamos por hoy á copiar la lista de la compañía.

Héla aquí:

COMPañIA DE ÓPERA ITALIANA.

Maestro director y concertador.—D. Ventura Sanchez de Madrid.

Primas donnas absolutas.—Sig.^a Bianca Montesini, Sig.^a Josefina Senespleda.

Prima contralto absoluta.—Sig.^a Trinidad Mestres.
Comprimarias.—Sig.^a M. Mognaschi, Sig.^a María Sibiani.

Primeros tenores absolutos.—Sig. Federico Devillers, Sig. Giuseppe Carrion.

Primo barítono absoluto.—Sig. Plácido Cabella.

Primo bajo absoluto.—Sig. Pablo Meroles.

Caricato genérico.—Sig. Domingo Cancellotti.

Tenor comprimario.—Sig. Paulo Nonsabi.

Segundo bajo.—Sig. Joaquin Morelli.

Director artístico.—Sig. Augusto Ferretti.

Maestro de Coros.—Sig. Luigi Salarich.

Apuntador.—Sig. L. Salarich.

Coristas de ambos sexos, 28.—Profesores de orquesta, 40.—Banda militar.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

Asociacion Literaria de Gerona.—Año octavo de su instalacion.—*Cerámien de MDCCCLXXIX*.—Gerona: 1879.—Un volúmen en folio de 207 páginas.

La actividad peculiar de los catalanes, tan digna de alabanza como de imitacion, alcanza y se extiende de igual suerte á todas las manifestaciones de la vida moderna: lo mismo á las que satisfacen necesidades económicas y sociales que á las inspiradas por la cultura intelectual.

Bajo este último aspecto distingüense algunas ciudades catalanas ofreciendo ejemplo saludable y harto motivo de emulacion, no ya á ciudades similares suyas, pero aun á las más importantes del resto de la Península.

Gerona, la ciudad invicta, es una de esas poblaciones cultas é ilustradas.—La *Asociacion Literaria* que allí hay constituida viviendo vida próspera y fecunda, celebra anualmente certámenes poéticos, de cuya importancia dá levantada idea el hermoso volúmen que tenemos á la vista, hermoso por la belleza de las muchas composiciones castellananas que contiene y por la elegancia de la parte tipográfica.

El Niño.—*Apuntes científicos*, por el Dr. D. Manuel Tolosa Latour; precedidos de una carta á un discípulo de Frœbel, por D. José Ortega Munilla.—Madrid: 1880. Un volúmen en 8.º de 208 págs.

Interesantísimo y útil ha de ser por fuerza cuanto se refiera á la infancia, sobre todo, cuando lo dicté la voz severa y experta de la ciencia, maestra de la humanidad en todas sus aspiraciones y bajo todos sus aspectos; pero cuando á la doctrina científica, árida de suyo y casi siempre ingrata para los que no están iniciados en sus rudimentos, se unen la más amena variedad en la exposicion y la forma más agradable en el estilo, sube entónces de punto la valía de una obra que tan acertadamente resuelve el difícil problema de instruir deleitando y de aliar en corto número de páginas la utilidad y la belleza.

Soltero por la fuerza de las circunstancias el que escribe estas líneas y sin más aficion hácia los *bebés* que aquella vaga y natural simpatía que despiertan la inocencia y el candor de la infancia, confiesa paladinamente que, apenas empezó á leer el libro del doctor Tolosa, no supo dejarlo de las manos, sin concluir su lectura inte-

resantísima, como hubiera hecho la más tierna y cariñosa de las madres.

A estas, en especial, recomendamos eficazmente el libro á que nos referimos.—C.

Método de lectura—escritura, publicado por la Asociación titulada *Laboriosidad*.—Parte del discípulo. Un cuaderno de 32 páginas.—Parte del maestro. Un volumen de 120 páginas en 4.º.—Barcelona: Imprenta de *El Porvenir*, 1879.

Algunos estimables profesores de educación de Cataluña, con la infatigable actividad que es tradicional en aquel país hermano del nuestro, han fundado una asociación titulada *Laboriosidad*, cuyo objeto es el de reunir un capital para la creación y sostenimiento de una *Granja-retiro* donde puedan acogerse los que, en el Reglamento titulan *Inválidos del trabajo*. A este laudable fin responde la publicación de varias obritas educativas, de las que hemos recibido las dos que sirven de epígrafe á esta ligera reseña.

Es la primera un método para enseñar simultáneamente la lectura y escritura: la mitad de cada página se dedica á ejercicios silábicos y la otra mitad la constituye una muestra caligráfica que los niños han de reproducir en pizarra ó papel. Complemento de este método es el segundo libro que se titula *Parte del maestro*, en el que se exponen los fundamentos y doctrinas educativas de los autores y se indica el procedimiento que, para alcanzar fructuosos resultados en la enseñanza, ha de seguirse.

Esta segunda parte es curiosísima, tanto por el caudal de datos que contiene y por el exacto conocimiento de las teorías pedagógicas que revela, como por la hábil gradación de los ejercicios. Explícanse también los alfabetos de sordo-mudos y de ciegos que van reproducidos en el texto, con grabados el primero y con signos de relieve el segundo.

Elogio de Santo Tomás de Aquino, por el Dr. D. Manuel Polo y Peirrolon.—Un folleto de 22 páginas en 4.º.—Valencia: Librería de José Martí, 1880.

Este elogio, leído por su autor, estimable colaborador de la *REVISTA* é ilustrado catedrático del Instituto de Valencia, resume los más importantes y curiosos datos que se conservan de la vida del angélico Doctor, a quien el Sr. Polo y Peirrolon considera como filósofo, teólogo y escritor místico, dando una idea exacta de la importancia filosófica de la *Suma*, verdadera enciclopedia teológica de la Edad Media, y de las doctrinas del sábio de Aquino que hoy se hallan en pleno renacimiento patrocinadas por el ilustre Pontífice que ocupa la silla de San Pedro.

Boletín del Ateneo Barcelonés (Meses de Enero, Febrero y Marzo).—Un volumen en 4.º de 112 páginas.—Barcelona: Imprenta de la Renaixensa, 1880.

Contiene este interesante folleto un acta de la sesión inaugural y un anuncio del concurso de premios para 1880; el principio de una *Memoria* sobre las causas que han motivado la decadencia industrial de España, por D. Antonio Beech y Pujol, y un curiosísimo estudio sobre la correspondencia de Enrique Heine, en el que se dan á conocer varias cartas inéditas y dirigidas al infortunado poeta alemán por Chevalier, Saint Mar Girardin, Jorge Sand, Liszt, David, Quinet y otras celebridades europeas.

Es de aplaudir el criterio expansivo y tolerante que informa los actos y decisiones del *Boletín del Ateneo Barcelonés* que no se declara responsable, ni se hace solidario de las ideas y opiniones de los autores cuyos trabajos se insertan.

Idéntica declaración hacemos por nuestra parte en nombre de la *REVISTA*.

Bluntschi. Derecho público universal. —Parte tercera.—La Política.—Version castellana de A. García Moreno y J. Ortega García.—Un volumen en 4.º de 392 páginas.—Madrid: Francisco Góngora y compañía, editores, puerta del Sol, núm. 13: 1880.

La notabilísima *Biblioteca Jurídica* que con tanta y tan merecida aceptación publican los Sres. Góngora y C.ª acaba de enriquecerse con otro nuevo volumen, tercero de la fundamental obra de Bluntschi y que es de gran utilidad y aun de indisputable estudio á los periodistas, políticos y jurisconsultos.

La parte relativa á la Política, comprende doce libros que se ocupan de las materias siguientes: 1.º De la naturaleza y carácter de la política. 2.º De las ideas políticas modernas. 3.º De la naturaleza humana como base de la política. 4.º De los medios del Estado (poder, autoridad, cultura, fortuna, fuerza, etc.) 5.º Del Estado moderno y la vida del espíritu (religion, ciencia, arte.) 6.º De la Constitución política, ó de las diversas especies de Constitución. 7.º De los efectos y deberes de los Estados compuestos. 10. De la representación nacional y de la legislación. 11. De la administración. 12. De los partidos políticos.

Todo ello está tratado con la profunda erudición, alteza de miras é imparcial criterio que tan ilustre renombre han conquistado al sábio profesor de Heidelberg.

Discurso leído en la Real Academia de Medicina y Cirujía de Zaragoza, por el Dr. D. Ildefonso Ferrer y Ferrer.—Un volumen en cuarto de 52 páginas.—Zaragoza: Tipografía de Ariño, 1880.

Precedido de una reseña de los trabajos llevados á cabo por la científica corporación nombrada en el título durante el curso anterior, el discurso del Sr. Ferrer, tan bien pensado como escrito, versa sobre el *origen de la sífilis*, y reúne los trabajos de escritores nacionales tan competentes como los Sres. Morejon y Gutierrez de la Vega, y los de extranjeros de tan justo renombre como Astruc, Ricord, etc., para probar que aquella temible enfermedad, conocida ya de antiguo en Europa, no fué importada por los aventureros españoles que regresaban del nuevo continente. El correcto estilo de esta Memoria y los curiosos datos históricos en ella aducidos hacen muy agradable su lectura.

Boletín de la Asociación central de ingenieros industriales.—Un folleto en 4.º de 64 páginas.—Madrid: 1880.

Con este título ha empezado á ver la luz en Madrid una publicación científica de gran importancia. En ella aparecen las firmas de los señores Vicuña, Robert, Ximenez, Prieto, y de nuestro estimado colaborador D. Pablo Ordás, al pié de excelentes artículos científicos examinados á popularizar las grandes invenciones modernas y á dar idea de los progresos y desarrollo de las artes é industria en todos los países europeos.

Juzgamos digno de recomendación este *Boletín*, al que se suscribe en la plaza de Santa Ana, 8, principal.

Un drame lyrique au XIII siècle, por D. Víctor Balaguer.—Traduit de l'espagnol par Charles Boy, de la Société des Langues romanes.—Un folleto de 32 pags. Chateauf, Libraire-antiquaire (Place Saint-Nizier, 5.)—Lyon.

Es ciertamente muy grato para nosotros consignar como un hecho que revela un principio de renacimiento en nuestra literatura, la circunstancia de que, estudios tan eruditos é importantes como el que motiva estas líneas, logren la señaladísima distinción de ser traducidos al idioma universalizado en todo Europa. Versa el trabajo dirigido por el Sr. Balaguer á la Real Academia de la Historia y traducido no há mucho por Mr. Boy, sobre la titulada *tragedia del Martirio de Santa Inés* escrita en provenzal y considerada como uno de tantos misterios de los que en la edad media representan la infancia del arte dramático.

El competetísimo autor de *Los Trovadores provenzales* despues de aducir interesantes datos históricos y costumbres de aquella época, prévio el exámen de documentos rarísimos y por medio de atinadas deducciones, prueba que el *drama lírico* existía en los siglos XII y XIII.

La *tragedia de Santa Inés*, segun observa el Sr. Balaguer analizando escena por escena, tiene verdadero interés dramático, situaciones de efecto, mutaciones de decoracion y hasta diez y seis solos, duos, coros, etc., dispuestos para el canto. Bien merece tan importante descubrimiento literario el honor de ser conocido por todas las naciones cultas y de que tributemos elogios tan merecidos como desinteresados al autor español que lo ha realizado y al distinguido erudito francés que ha traducido tan recomendable estudio.

B. M.

La *Biblioteca Enciclopédica popular ilustrada* acaba de publicar el volumen 25, titulado *Manual de Astronomía popular*, por D. Alberto Bosch, Ingeniero de caminos, canales y puertos, y Doctor en ciencias.

En este libro se expone, sin aparato científico, las teorías más curiosas cultivadas por el astrónomo, amenizándolas cuanto es posible, y haciendo resaltar el poco fundamento con que algunos suponen la intervencion de los astros, y sobre todo la Luna, en el éxito de las operaciones del campo; indica despues los fenómenos celestes más curiosos, partiendo del Universo aparente, y llegando, de deducción en deducción, al Universo real; y concluye, por último, disipando la vulgar creencia de que existen lazos indisolubles entre los fenómenos meteorológicos y los astronómicos.

El autor del *Manual de Astronomía popular* es bastante conocido, por lo que nos excusamos decir una sola palabra acerca de su competencia.

La forma es igual á la de todos los de la *Biblioteca*; consta de un tomo de 224 páginas en 8.º, papel especial higiénico y clara impresion, con una magnífica lámina completándolo una caprichosa cubierta al cromo.

Suscribiéndose á la *Biblioteca*, cada volumen cuesta *cuatro reales*, y los tomos sueltos se venden á *sis*, en la Administración, calle del Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Se han recibido además, en esta Redacción, los libros siguientes: *Actas y Reglamento de la Sociedad L'Excursionista*.

Historia de los Trovadores, (tomo 6.º) por D. Víctor Balaguer. De ellas y con la extension que merecen procuraremos ocuparnos en el número próximo.